

«El Gran Inquisidor» de F. M. Dostoievski en la obra de Miguel de Unamuno

Jordi Morillas

Resumen

La investigación en torno a Miguel de Unamuno ha señalado que en *San Manuel Bueno, mártir* sería posible encontrar huellas de una posible influencia del poema «El Gran Inquisidor» de F. M. Dostoievski. En el presente texto, se expone brevemente el contenido de ambas obras y, a continuación, se analiza el significado que esta novela breve tenía para el escritor vasco con el fin de obtener todos los datos necesarios para poder averiguar hasta qué punto está justificado hablar de semejante influjo.

Palabras clave: F. M. Dostoievski, *El Gran Inquisidor*, M. de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*, España, cristianismo, sueño.

Breve esbozo de la presencia de Dostoievski en la obra de Miguel de Unamuno

En los estudios en torno a Miguel de Unamuno (1864-1936) está ampliamente reconocido y probado que el vasco fue un gran conocedor de la obra de Dostoievski, a quien leyó en ediciones en inglés, francés, alemán y español¹. Para Unamuno, Dostoievski tuvo una importancia capital desde el punto de vista filológico, político y, sobre todo, teológico.

En el terreno filológico, el escritor ruso es citado en textos como *Sobre el género novelesco*² o *Dostoyeusqui sobre la lengua*³, mientras que en clave política se puede recordar el artículo *Un extraño rusófilo*, donde Unamuno confiesa:

Mi visión de Rusia, de mi Rusia, procede de haber leído obras literarias de rusos, sobre todo de Gogol, Turguenef, Tolstoi, Gorki y en especial de Dostoyeuski. Dostoyeuski es, debo confesarlo,

¹ Unamuno poseía en su biblioteca personal las siguientes novelas: *Pobres gentes*, *Apuntes del subsuelo*, *Crimen y castigo*, *El jugador*, *El idiota*, *Los demonios*, *Los hermanos Karamázov*, *Diario de un escritor* y una edición de su correspondencia. Para más detalles, véase Valdés, M. J. / Valdés, M. E. de: *An Unamuno Source Book. A Catalogue of Readings and Acquisitions with an Introductory Essay on Unamuno's Dialectical Enquiry*. University of Toronto Press, Toronto, 1973; González Martín, V.: «Unamuno y la cultura rusa», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 27-28 (1983), págs. 85-101 y Korkonosenko, K.: «Miguel de Unamuno, “un extraño rusófilo”», *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno*, 35 (2000), págs. 13-25.

² Unamuno, Miguel de: «Sobre el género novelesco», *Nuevo Mundo*, año XXVIII, núm. 1.390 (3 de septiembre de 1920), pág. 28.

³ Unamuno, Miguel de: «Dostoyeusqui sobre la lengua», *Ahora. Diario gráfico*, año IV, núm. 782 (16 de junio de 1933), pág. 5. El artículo se volvió a publicar con el título «Dostoyewski sobre la lengua», en el periódico cubano *Diario de la Marina*, año CI, núm. 280 (20 de noviembre de 1933), pág. 13.

mi principal fuente respecto a Rusia. Mi Rusia es la Rusia de Dostoyevski, y si la Rusia real y verdadera de hoy no es esa, todo lo que voy a decir carecerá de valor de aplicación real, pero no de otro valor. Yo hago votos por el triunfo de la filosofía, es decir, de la concepción y el sentimiento que de la vida y del mundo tenía Dostoyevski [...] Lo he expresado apoyándolo en una Rusia, la Rusia de Dostoyevski, la de su *Espíritu subterráneo*, la de su *Idiota*, la de su *Raskolnikow*.⁴

Asimismo, hay que mencionar la obra de apariencia teológica, pero de clara intencionalidad política, *La agonía del cristianismo* (1925), en la que el pensador vasco habla «sobre la agonía de Europa, de la civilización que llamamos cristiana, de la civilización grecolatina u occidental», así como de la aparición de «una nueva religión, una religión de origen judaico y a la vez tártaro: el bolchevismo. Una religión cuyos dos profetas son Carlos Marx y Dostoyevski».⁵

Mas es en el ámbito de la teología donde hay que buscar un influjo más directo de Dostoievski en Unamuno y, en concreto, de *Los hermanos Karamázov*. En efecto, con la publicación en 1931 de *San Manuel Bueno, mártir*, muchos especialistas han visto en esa novela corta una versión española del poema «El Gran Inquisidor». De esta manera, no sólo se ha señalado el hecho de que tanto *San Manuel Bueno, mártir*, como *Los hermanos Karamázov* pueden ser considerados como el «testamento literario» de ambos escritores (Dostoievski redacta su última novela cuando tiene 59 años y Unamuno su narración a la

⁴ Unamuno, Miguel de: «Un extraño rusófilo», *La Nación* (28 de octubre de 1914), citado según Unamuno, Miguel de: *Obras completas*. Edición de Manuel García Blanco. Tomo IX: *Discursos y artículos*. Escelicer, Madrid, 1971, págs. 1248 y 1250. Véase sobre este artículo el estudio anteriormente citado de Korkonosenko, «Miguel de Unamuno, “un extraño rusófilo”».

⁵ Unamuno, Miguel de: *La agonía del cristianismo* (1925), en Unamuno, Miguel de: *Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo*. Prólogo de A. Sánchez-Barbudo, Akal, Madrid, 1983, págs. 452-453. Para una continuación del tema Dostoievski y la política, puede verse Unamuno, Miguel de.: «Cacería de moscas», *La Publicidad* (3 de mayo de 1917), recogido en Unamuno, Miguel de: *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*. Introducción y edición de Christopher Cobb. Tamesis Books, Londres, 1976, págs. 88-89. Ya en su artículo «Sobre el género novelesco», Unamuno había afirmado que «en Rusia, la novela no es de género, y no es literatura. Ni es ficción. Es creación, es cosa corpórea. Y es historia; historia hecha y no sólo narrada. Y como historia hecha, es profecía. Dostoyevski, el antirrevolucionario, es el profeta de la actual revolución rusa; es el padre de Lenin. Lenin ha salido de las novelas de Dostoyevski, y tiene toda la realidad íntima de los agonistas de esas novelas. Ese sueño de una sombra, que es Lenin, pesa como una pesadilla» (pág. 28). A Lenin en concreto, Unamuno le dedica un texto en el que afirma que «¡Lástima grande que Lenin no tenga, al parecer, la imaginación de un Jeremías, de un Ezequiel, del segundo Isaías, de su compatriota el gran, el grandísimo Dostoyevski - en cuyas obras está la clave de todo lo que pasa en Rusia- o siquiera la de un Mr. H. G. Wells, el científicista y profeta profesional!». Unamuno, Miguel de: «Sobre el profeta Lenin», *El Liberal*, año XLII, núm. 14.670 (3 de julio de 1920), pág. 1.

edad de 66⁶), sino también que en sus respectivas obras los dos escritores intentarían responder a la cuestión de la inmortalidad y de la salvación del alma.

El Gran Inquisidor y San Manuel Bueno, mártir

El contenido del poema «El Gran Inquisidor» se puede resumir de la siguiente manera: «En Sevilla, en los tiempos más pavorosos de la Inquisición», Cristo «desciende una vez más entre los hombres en la misma forma humana en la que había andado durante tres años hacía quince siglos» (pág. 402 / PSS XIV, 226)⁷. Tras realizar toda una serie de milagros, el Gran Inquisidor arresta a Cristo y en el presidio mantiene con él un monólogo, en el que sostiene que su enseñanza exige un gran esfuerzo para el hombre medio, quien teme la libertad y prefiere sacrificarla para ser feliz sin tener que tomar decisión alguna. Al hombre, continua el Gran Inquisidor, no se le convence con la libertad, sino a través del misterio, del milagro y de la autoridad. Ante este discurso del Gran Inquisidor, Cristo no reacciona y guarda un sacramental silencio. «Cuando el Inquisidor termina, espera un rato a que el Prisionero responda. El silencio que el Cautivo guarda le resulta penoso. Mientras él había hablado, el Prisionero se había limitado a escucharle atenta y mansamente, mirándole a los ojos, por lo visto sin desear contestarle nada. El viejo querría que el otro le dijera algo, aunque fuese amargo y terrible. Mas Él, de pronto, sin decir una palabra, se acerca al viejo y le besa dulcemente los exangües labios nonagenarios. Ésta es toda su respuesta» (pág. 421 / PSS XIV, 239).

Por lo que se refiere a *San Manuel Bueno, mártir*⁸, Unamuno expone los momentos más importantes de la vida del cura de la aldea Valverde de Lucerna a través del testimonio de Ángela Carballino, quien «quería dejar aquí consignado [...] todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entrañada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío» (pág. 61).

⁶ Godoy, G. J.: «Dos mártires de la fe según Dostoyevski y Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 20 (1970), pág. 34.

⁷ Se cita primero la traducción española (Dostoievski, F. M.: *Los hermanos Karamázov*. Edición de Natalia Ujánova. Traducción de Augusto Vidal. Notas de Augusto Vidal y José María Bravo. Revisión de José María Bravo. Editorial Cátedra, Madrid, 1996³), seguida de la edición crítica rusa (*Полное собрание сочинений в 30 томах [= PSS]*). Наука, Ленинград, 1972-1990).

⁸ Se cita a partir de la siguiente edición: Unamuno, Miguel de.: *San Manuel Bueno, mártir*. Con cuadros cronológicos, introducción, bibliografía, notas y llamadas de atención, documentos y orientaciones para el estudio a cargo de Joaquín Rubio Tovar. Ed. Castalia, Madrid, 1984.

En estas memorias, Ángela presenta a Manuel Bueno como un sacerdote que en el seminario «se había distinguido por su agudeza mental y su talento, y que había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea» (pág. 64). Así, bajo el lema de «¡Hacer!, ¡hacer!» (pág. 69), el sacerdote «estaba siempre ocupado» (*ibid.*), teniendo como principal tarea «arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y, sobre todo, consolar a los amargados y atediados y ayudar a todos a bien morir» (pág. 64)⁹.

Asimismo, en la iglesia, don Manuel, «con una voz divina, que hacía llorar» (pág. 66), lejos de dar sermones «contra impíos, masones, liberales o herejes» (pág. 68), consideraba como una prioridad fundamental combatir «la mala lengua» (pág. 69), puesto que ésta sólo difunde calumnias, crea envidias y resentimientos y, con ello, fomenta la división en la comunidad: «no debe importarnos tanto lo que uno quisiera decir como lo que diga sin querer», afirma el párroco (pág. 69).

Mas no sólo era importante para Manuel Bueno la pureza del alma de sus fieles en el pueblo de Valverde de Lucerna, sino que «le preocupaba, sobre todo, que anduvieran todos limpios» y bien vestidos (págs. 65-66), es decir, también fomentaba la higiene y el cuidado del cuerpo.

El sentido de todo este continuo hacer, de este perpetuo huir de la ociosidad (pág. 70), de la soledad (págs. 72-73) y, en definitiva, de la vida contemplativa (pág. 69)¹⁰ por parte del cura Manuel Bueno se explicita en el momento en el que entra en contacto con

⁹ En la novela se insiste en el hecho de que Don Manuel Bueno estaba constantemente ocupado ayudando a los demás, que huía de la soledad y, por tanto, de la vida contemplativa. Ya en 1900 Unamuno había dicho que «sólo de obras de amor con el prójimo se nutre el amor a Dios». Véase Unamuno, Miguel de: «La fe» (1900), en Unamuno, Miguel de: *Ensayos*. Publicaciones de la residencia de estudiantes, Madrid, 1916, vol. 2, pág. 228.

¹⁰ De hecho, el sacerdote pasaba tan poco tiempo consigo mismo que «escribía muy poco para sí, de tal modo que apenas nos ha dejado escritos o notas» (pág. 69). La explicación de este poco afecto a la letra y de que, por el contrario, se resalte constantemente que tenía una «voz divina» podría encontrarse en *La agonía del cristianismo*, donde Unamuno escribe: «Porque el espíritu, que es palabra, que es verbo, que es tradición oral, vivifica; pero la letra, que es el libro, mata». Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo*, pág. 383.

el hermano de Ángela, Lázaro, quien aparece en el pueblo tras una estancia en América¹¹. Lázaro es descrito como un progresista que detesta a los sacerdotes porque mantienen a los demás en la ignorancia y en todo lo que es «feudal» y «medieval» (pág. 77). A pesar de su inicial antipatía hacia Manuel Bueno, cuando Lázaro traba un conocimiento más profundo del cura no sólo afirma en un primer momento que éste es «demasiado inteligente para creer todo lo que tiene que enseñar» (pág. 78), sino que pronto se convence de que la finalidad de Manuel Bueno no es otra que la de que «el pueblo esté contento, que estén todos contentos de vivir. El contentamiento de vivir es lo primero de todo. Nadie debe querer morir hasta que Dios quiera» (pág. 71). Es a partir de entonces que Lázaro se convertirá en asistente y compañero inseparable del sacerdote en todas sus tareas de servicio al pueblo (págs. 80-88)¹².

Esta labor incansable que San Manuel Bueno realiza con ayuda de Lázaro no está basada ni en el milagro (pág. 65) ni en el misterio ni en la autoridad¹³, sino en el amor y en la compasión (pág. 100)¹⁴. A pesar de esta dedicación y de este fomento de la vida y de las ganas de vivir que el sacerdote imprime en todas sus acciones, su biógrafa Ángela escribe que «más tarde [...] he comprendido que la alegría imperturbable de Don Manuel era la forma temporal y terrena de una infinita y eterna tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y a los oídos de los demás» (pág. 72).

Esta «infinita y eterna tristeza» de Don Manuel se revela en el hecho de que no cree en la inmortalidad del alma (págs. 93-94). A pesar de esta increencia (págs. 82, 85), que provocaba que se callase y cerrase los ojos (pág. 90) en misa cuando se entonaban las palabras «creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable» (pág. 68) y que incluso manifestase deseos de «suicidio» (pág. 87), el sacerdote mantiene al pueblo «en la esperanza» en la inmortalidad (pág. 102), convirtiéndose a partir de entonces para él en

¹¹ Sobre el posible carácter autobiográfico de la narradora, así como de Lázaro y del cura Manuel Bueno, véase Pizarroso Acedo, Patricia: «Unamuno y su “más íntima historia”»: *San Manuel Bueno, mártir*», *Contrapunto. Publicación de Crítica e Información Literaria*, núm. 10 (marzo de 2014), págs. 28-34.

¹² De hecho, no es hasta entonces que Lázaro, crítico y despectivo hacia su pueblo, se siente unido e integrado en él.

¹³ De opinión contraria es Корконосенко, К.: *Мигель де Унамуну и русская культура*. Европейский Дом, СПб., 2002, págs. 191-200.

¹⁴ Pues sólo de esta manera, como Unamuno había explicado en su *Diario íntimo*, se siente «al Dios vivo, que habita en nosotros, y que se nos revela por actos de caridad y no por vanos conceptos de soberbia». Unamuno, Miguel de: *Obras completas*. Edición de Manuel García Blanco. Tomo VIII: *Autobiografía y recuerdos personales*. Escelicer, Madrid, 1970, pág. 778.

la única posibilidad de salvar su alma (pág. 73). Ésta es la razón por la cual el sacerdote enseña «a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas para quedar en ellas» (pág. 100), es decir, la única vía posible de inmortalidad es la de perderse «en la vida del pueblo» (*ibid.*). De ahí que Ángela pueda afirmar que «me parecía como si mi vida hubiese de ser siempre igual. No me sentía envejecer. No vivía ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí¹⁵» (*ibid.*).¹⁶

Toda esta tragedia la resume Manuel Bueno en la confesión que le realiza a Lázaro:

Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices¹⁷, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerlos vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío (pág. 83)¹⁸.

¹⁵ Ésta era obviamente una reformulación de las palabras de Pablo en su Epístola a los Gálatas, cuando afirmaba que «Ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Mi vida terrenal la vivo gracias a la fe en el Hijo de Dios que me quiso y se entregó él mismo por mí» (Gálatas 2:20). Que toda la narración *San Manuel Bueno, mártir* está construida en gran parte en citas más o menos explícitas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento ha sido probado por Rosendo Díaz-Peterson, «Los orígenes de *San Manuel Bueno, mártir*», *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 301 (julio de 1975), págs. 179-195. Como complemento a este estudio, véase Nepaulsingh, Colbert I.: «In Search of a Tradition, not a Source, for *San Manuel Bueno, mártir*», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 11, núm. 2 (invierno 1987), págs. 315-330.

¹⁶ Como señala Arturo Jiménez-Vera, «en su concepción más elevada y profunda, la filosofía del vivir que don Manuel propone consiste en llegar a obtener la inmortalidad aquí en esta vida y en el plano afectivo y no en el intelectual. Implica una unión total del individuo con las personas que lo rodean y que incluye además todo el escenario físico del lugar. El material de ese ligamento es el amor. Su dimensión abarca tanto lo terrenal como lo espiritual y pasa más allá de los confines del espacio y el tiempo. Lo que no pudo descifrar con la razón lo descubrió por medio del corazón y es que el amor da vida y trae la inmortalidad, y que no importa cuán grande sean las vicisitudes y las angustias de la vida, que hay que sobrepasarlas y entregarse completamente a hacer el bien. Da vida entonces, es el requisito necesario de su *carpe diem* para vivir e inmortalizarse». Jiménez-Vera, Arturo: «San Manuel Bueno y su filosofía del vivir», en Menchacatorre, Félix (ed.): *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*. Universidad del País Vasco, San Sebastián, 1990, págs. 241-245, aquí págs. 244-245.

¹⁷ La historia del payaso es un ejemplo práctico de ello, véanse págs. 71-72.

¹⁸ En 1900 Unamuno había afirmado al respecto: «Pero no condenéis ninguna fe cuando sea espontánea y sencilla, aunque se viese forzada a verse en formas que la deformen. Toda fe es sagrada. Lo es la fe del fetichismo, que anima, consuela, da fuerzas, infunde ánimo, hace milagros». Unamuno: «La fe», pág. 235. Cfr. también Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*, ed. cit., págs. 256-257.

Condición necesaria para ello es la de no despertarlo de su «sueño». Para San Manuel Bueno, el destino del pueblo es vivir «en su pobreza de sentimientos para que no adquiera torturas de lujo. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!» (pág. 84). Es por este motivo que recomienda:

¡Déjalos! ¡Es tan difícil hacerles comprender dónde acaba la creencia ortodoxa y dónde empieza la superstición! Y más para nosotros. Déjalos, pues, mientras se consuelen. Vale más que lo crean todo, aun cosas contradictorias entre sí, a no que no crean nada. Eso de que el que cree demasiado acaba por no creer nada, es cosa de protestantes. No protestemos. La protesta mata el contento (pág. 88).

Esta convicción es la que provoca que el cura, en sus últimos momentos de vida, pueda convencer al ateo Lázaro de que dé «buen ejemplo», de que «fingiese creer si no creía» (pág. 82) con el fin de que procure que los habitantes del pueblo «se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer» (pág. 93) y, al mismo tiempo, darle el siguiente consejo a su pueblo: «Sed buenos, que esto basta» (pág. 95).

Es a raíz de este drama personal de San Manuel Bueno que algunos autores sostienen que se puede comparar esta novela breve con la historia que Dostoievski narra en su poema «El Gran Inquisidor», hablando, cuando no de calco, sí de una clara y evidente influencia. No obstante, una interpretación semejante no está justificada en modo alguno si se tienen presente y se comparan los contextos que dieron lugar a ambas obras. De esta manera, mientras que el Gran Inquisidor se puede considerar una crítica (aparente)¹⁹ a la Iglesia Católica y a su dominio basado en «el milagro, el misterio y la autoridad» (pág. 413 / PSS XIV, 234), *San Manuel Bueno, mártir* es la expresión literaria y, por ello mismo, política²⁰ de la convicción de Unamuno de la necesidad de la mentira,

¹⁹ Decimos «aparente», puesto que el poema «El Gran Inquisidor» está dirigido no sólo contra la Iglesia Católica (véase el testimonio de V. F. Puzykovich en PSS XV, 482, así como PSS XV, 198 y PSS XXX.1, 66), sino también -y principalmente- contra el socialismo (PSS XXX.1, 68). En el fondo, el Gran Inquisidor no deja de ser sino una variante de la teoría de Shigalev, como bien señala Charles Corbet: «El gran inquisidor, verdadero Chigalev católico, se convierte en el defensor del orden social y del bienestar de los hombres; simboliza el aniquilamiento de la verdadera moral y de la verdadera religión vendida a cambio del “pan terrestre”. Dostoyevski quiso oponer así la fe viva a la religión oficial, la moral del amor, con sus sacrificios y angustias, a la moral petrificada con sus preceptos utilitarios». Corbet, Charles: *La literatura rusa*. Traducción castellana de Jesús García Tolsá (licenciado en Historia). Vergara Editorial, Barcelona, 1958, pág. 135.

²⁰ Para Unamuno, literatura y política son lo mismo. Véase, por ejemplo, su artículo «Poesía y política», *La Voz de Aragón*, año X, núm. 2.652 (31 de mayo de 1934), pág. 1, donde afirma: «El que esto escribe,

del «sueño» para el pueblo. En un artículo redactado para explicar el sentido de su *San Manuel Bueno, mártir*, Unamuno afirma que «hay que despertar al durmiente que sueña el sueño que es la vida» y que no hay que temer hacerlo. Sin embargo, este despertar del engaño no puede llevarse a cabo en el pueblo sencillo, puesto que «cuando por obra de caridad se le engaña a un pueblo, no importa que se le declara que se le está engañando pues creará en el engaño y no en la declaración. “Mundus vult decipi”; el mundo quiere ser engañado. Sin el engaño no viviría. ¿La vida misma, no es acaso un engaño?»²¹.

El conocimiento de la verdad es algo desgarrador, reconoce Unamuno. «¡Es tan doloroso mirar a la verdad! Terrible, sí, la angustia metafísica o religiosa, la congoja sobrenatural, pero preferible al limbo». No obstante, este limbo debe ser el estado natural del pueblo, «de las almas sencillas, infantiles»²². ¿Por qué? «Porque el pobre tiene que vivir. ¿Para qué? No le obligues a que se pregunte en serio para qué, porque entonces dejaría de vivir vida que merezca ser vivida»²³.

El sentido de estas reflexiones de Unamuno queda todavía más claro en un ensayo de 1900, en el que se lleva a cabo una diferenciación entre lo que es la «fe» (*pistis*) y la

por su parte, puede decir que si algo ha hecho en poesía, en verso o en prosa, en novela, en cuento, en drama, en ensayo artístico, que haya de perdurar en vida de espíritu, se debe a que ha sentido con intensa pasión la historia de su patria, a que siente la política [...] ¡Que haga novelas y dramas! ¿Es que sin hacer política, sin política, podría hacerlos? Haciendo mi primera novela, “Paz en la guerra”, eché los cimientos de mi concepción política, histórica, de nuestra España».

²¹ Unamuno, Miguel de: «Almas sencillas», *Ahora*, año IV, núm. 891 (21 de octubre de 1933), pág. 5. Por eso le dice Ángela a Lázaro que «el pueblo no entiende de palabras; el pueblo no ha entendido más que vuestras obras. Querer exponerles eso sería como leer a unos niños de ocho años unas páginas de Santo Tomás de Aquino... en latín» (pág. 98). Para la diferenciación entre «cabrero» («pueblo sencillo») y «carbonero» («fanático ignorante»), véase su artículo «A los cabreros y no a los carboneros», *El Sol*, año XV, núm. 4.397 (16 de septiembre de 1931), pág. 1; para la frase «mundus vult decipi», se puede ver «Sobre la “claridad grosera”», *El Progreso. Diario popular de información*, año XXVII, núm. 11.881 (24 de junio de 1934), pág. 1 (repblicado en *Heraldo de Zamora. Diario de Información. Político e Independiente*, año XXXVIII, siglo II, núm. 12.150 (27 de junio de 1934), pág. 1; *El Adelanto. Diario político de Salamanca*, año 50, núm. 15.389 (23 de junio de 1934), pág. 1 y *La Voz de Aragón*, año X, núm. 2.676 (28 de junio de 1934), pág. 1).

²² Unamuno: *San Manuel Bueno, mártir*, pág. 105.

²³ Unamuno: «Almas sencillas», pág. 5. En una carta a José Castillejo del 2 de mayo de 1933, es decir, pocos meses antes de redactar este artículo, el pensador vasco confesaba que «no creo que haya fracasado la ciencia y la filosofía en descubrirnos nuevas verdades, sino que la verdad fracasa para consolar al hombre. Que la humanidad necesita para vivir del engaño y que lo terrible es que sepa que es engaño. Como usted ve la tesis más radicalmente pesimista. [...] Y luego la imposibilidad de imaginarnos –imaginarnos, eh?– otra vida y por lo tanto de consolarnos de la verdad». La carta se encuentra recogida en Unamuno: *Epistolario inédito II (1915-1936)*, pág. 303. Véase asimismo la epístola a Jean Cassou del 15 de mayo de 1933 en Unamuno: *Epistolario inédito II (1915-1936)*, pág. 307.

«creencia» (*gnosis*). La fe o confianza se define como «fe religiosa más que teologal, fe pura, y libre todavía de dogmas», es la fe o confianza con la que los primeros cristianos «vivían por la esperanza en el porvenir; esperando el reino de la vida eterna; vivíanla» (pág. 224). Por el contrario, la creencia es el paso de la fe, de la religión a la teología, la cual es descrita como una «brillante fantasía helénica sobre motivos evangélicos» (pág. 231). De esta manera, «empezóse a enseñar que en el conocimiento consiste la vida; convirtiéronse los fines prácticos religiosos en principios teóricos filosóficos, y la religión en una metafísica que se supuso revelada» (pág. 226). «En adelante, la fe fué para muchos creer lo que no vieron, adherirse a fórmulas: *gnosis*, y no confiar en el reino de la vida eterna: *pistis*, es decir, crear lo que no veían» (pág. 227).

El destino de esta creencia, de esta teología en contraposición a la fe, es terminar «en un *credo quia absurdum*, en el suicidio, por desesperación, del intelectualismo, o en la terrible fe del carbonero» (pág. 229), esto es, en el ahorrarse tener que pensar: «semejante fe no es más que un acto de sumisión a una potencia terrena, y nada más que terrena, una mundanización de la fe; no es confianza en Dios por Cristo, sino sumisión a un instituto jerárquico y jurídico» (pág. 230).

Por tanto, sostiene Unamuno, la fe «no estriba en sus ideas, sino en Él; no en una doctrina que representa, sino en la persona histórica, en el espíritu que vivía y vivificaba y amaba. Las ideas no viven ni vivifican ni aman» (pág. 228). Es decir, no teología, sino religión, como representa la fe viva de San Manuel Bueno, quien pretende dar testimonio de la verdadera fe, esto es, de la confianza en Cristo, «en la persona histórica y en la histórica revelación de su vida, téngala cada cual como la tuviere» (pág. 228)²⁴.

En este contexto, surge la pregunta clave para la comprensión correcta de la obra de Don Manuel Bueno: ¿es ético que el cura engañe al pueblo? ¿Es ético llevarle al sueño, a la ilusión, a que no llegue a conocer nunca la verdad? La gran polémica que estas cuestiones han provocado entre los diversos lectores e intérpretes de esta novela breve se puede resumir de la siguiente manera: por un lado están los que afirman que esta postura

²⁴ En otro ensayo de la misma época, Unamuno había escrito: «La verdad puede más que la razón, dijo Sófocles, y la verdad es amor y vida en la realidad de los espíritus y no mera relación de congruencia lógica entre las ideas. Unción y no dialéctica es lo que nos vivificará». Unamuno: *Ensayos*, pág. 218.

es característica de Miguel de Unamuno, quien sería un ateo y un cínico²⁵, mientras que, por el otro, los que sostienen que en *San Manuel Bueno, mártir* no se encuentra ningún componente biográfico, sino que esta narración es simplemente una crítica a la «fe del carbonero», así como a los sacerdotes hipócritas con su pueblo²⁶.

Esta cuestión de la sinceridad o no del párroco San Manuel Bueno y de su misión evangelizadora la explicó Unamuno a través de un fragmento de una obra de Sören Kierkegaard, autor fundamental para la comprensión del pensamiento religioso del sabio de Salamanca²⁷. Este texto, reproducido a continuación en la versión que el propio filósofo vasco realizó, no deja duda alguna de qué pretendía el autor con su narración:

Sería la más completa burla al mundo si el que habría expuesto la más profunda verdad no hubiera sido un soñador, sino un dudador. Y no es impensable que nadie pueda exponer la verdad positiva tan excelentemente como un dudador; sólo que éste no la cree. Si fuera un impostor, su burla sería suya; pero si fuera un dudador que deseara creer lo que expusiese, su burla sería ya enteramente objetiva; la existencia se burlaría por medio de él; expondría una doctrina que podría esclarecerlo todo, en que podría descansar todo el mundo; pero esa doctrina no podría aclarar nada a su propio autor. Si un hombre fuera precisamente tan avisado que pudiese ocultar que estaba loco, podría volver loco al mundo entero²⁸.

Es decir, Don Manuel es un «dudador»²⁹, en el sentido de que, si bien predica una fe que todo lo explica, que garantiza el «sueño de la vida», ésta no es para él, constituyendo éste el secreto que tanto le torturaba y que Ángela, su biógrafa, descubre con horror (pág. 45).

²⁵ Sánchez Barbudo, A.: *Estudios sobre Unamuno y Machado*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959, pág. 189.

²⁶ Véase Morón Arroyo, C.: «San Manuel Bueno, Mártir y el “sistema” de Unamuno», *Hispanic Review*, vol. 32, núm. 3 (julio de 1964), págs. 227-246 y Корконосенко: *Мигель де Унамуну и русская культура*, pág. 210.

²⁷ Véase Chabrán, Rafael: «Miguel de Unamuno y su biblioteca danesa», *Revista de Hispanismo Filosófico*, núm. 14 (2009), págs. 141-153.

²⁸ El texto corresponde a la segunda parte de *O lo uno o lo otro*, apartado «Equilibrio entre lo estético y lo ético en el desarrollo de la personalidad».

²⁹ La influencia de Kierkegaard en la creación de San Manuel Bueno ha sido investigada por los estudios dedicados a Unamuno. Véase, por ejemplo, Evans, Jan E.: «Kierkegaard and Unamuno's *San Manuel Bueno, mártir*. A Study in the Ethical Life», *Christian Scholar's Review*, 34.1 (otoño 2004), págs. 43-54, Bilbao-Terreros, Gorka: «Ética y liminaridad en *San Manuel Bueno, mártir*: una lectura kierkegaardiana», *Hispanic Review*, vol. 80, núm. 2 (primavera 2012), págs. 243-265 y Evans, Jan E.: «La enfermedad mortal, de Kierkegaard y *San Manuel Bueno, mártir*, de Unamuno», *Revista de Filosofía (Universidad Iberoamericana)*, núm. 137 (2014), págs. 59-71.

Este secreto no se expresa en un supuesto «fingir»³⁰, en un «hacer y engañar bien» (pág. 93, cfr. págs. 82-83) sustentado en un desprecio hacia al pueblo, sino que representa «la infinita y eterna tristeza» que hundía el alma del párroco, una «honda tristeza» que se podía observar «en sus ojos, azules como las aguas del lago» (pág. 76)³¹. Esta «insondable tristeza que le consumía» (pág. 89) se manifestaba en el hecho de que, a pesar de estar administrando «opio» al pueblo, éste no le facilitaba el dormir «y menos soñar bien» (pág. 90): «¡Esta terrible pesadilla! Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: “Mi alma está triste hasta la muerte”» (pág. 90), con lo que creaba el vínculo necesario de su particular martirio con el de Cristo³².

Las situaciones espirituales tanto de Don Manuel Bueno como del Gran Inquisidor son, en este sentido, completamente distintas: mientras que el sacerdote es un mártir que ama a su pueblo, es accesible a todos y le respetan por sus actos, el Gran Inquisidor, a pesar de sus sacrificios y penalidades sufridas, es temido por el pueblo que dice proteger, no pudiendo ser calificado de «ateo mártir», sino de «enemigo personal de Cristo»³³. El Gran Inquisidor predica conscientemente un Redentor que ha sucumbido a las tres

³⁰ Como le dice Manuel Bueno en un momento dado a Ángelica: «¿Fingir? ¡Fingir, no!, ¡eso no es fingir!» (pág. 82), ya que, como bien indica Rosendo Díaz-Peterson, «no es cuestión de fingimientos, sino de rechazos teológicos», pues se trata de predicar el Evangelio a través de «la práctica cristiana». Véase Díaz-Peterson, Rosendo: «Sobre el significado de “fingir” en *San Manuel Bueno, mártir*», Samaniego Boneu, Mercedes / Arco López, Valentín del: *Historia, Literatura, Pensamiento. Estudios en homenaje a María Dolores Gómez Molleda*. Ediciones de la Universidad de Salamanca, Narcea, 1990, vol. 1, págs. 385-394, aquí pág. 386.

³¹ En la novela, Unamuno juega constantemente con las metáforas de «el lago» y «la montaña». Sobre su significado teológico, véase Díaz-Peterson, Rosendo: «Leyendo *San Manuel Bueno, mártir*: La montaña que se convierte en lago», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 289-290 (julio-agosto de 1974), págs. 383-391, así como Rodríguez, Alfred y Farren, Karen M.: «Sobre el lago y la montaña en *San Manuel Bueno, mártir*», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 31 (1996), págs. 115-119.

³² En la literatura cristiana se habla de la «tristeza de Cristo» basándose en las palabras del Salvador expresadas en Getsemaní la noche antes de su Crucifixión y recordadas en este contexto por Don Manuel Bueno: «Mi alma está profundamente contristada hasta la muerte (*περίλυπος ἔστιν ἡ ψυχὴ μου ἕως θανάτου*)» (Mateo 26:38). Una interpretación clásica de estas palabras la ofrece Antonio Sant, cuando escribe: «Y que provechosa para nosotros la tristeza voluntaria de Cristo! Estas flaquezas de nuestra naturaleza, que quiso él experimentar en sí mismo, son un manantial de fuerzas para el verdadero creyente». Sant, Antonio: *Vida de nuestro señor Jesucristo ó sea Los cuatro evangelios en uno. Parafraseado y aclarado con notas*. Imprenta de Pedro Sant., Solsona, 1855, pág. 376. Véase asimismo la obra de Thomas Moro, *De tristitia Christi. Sobre la tristeza de Cristo*. Prólogo, edición, traducción y notas de Francisco Calero. Estudio introductorio de Ángel Gómez-Hortigüela. Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 2008, 2 vols.

³³ Lavoie, Ch-A.: «Dostoyevski et Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 23 (1973), págs. 221-227, aquí pág. 225. Véase, asimismo, Crone, A. L.: «Unamuno and Dostoevsky: Some Thoughts on Atheistic Humanitarianism», *Hispanófila* (1978), págs. 43-59, aquí pág. 46 y Mermall, Th.: «Unamuno and Dostoevsky's Grand Inquisitor», *Hispania*, vol. 61, núm. 4 (diciembre 1978), págs. 851-858, aquí pág. 853.

tentaciones del desierto, basando su autoridad en el poder, mientras que el cura de Unamuno rechaza esta postura en nombre del amor a su comunidad³⁴. Asimismo, en clara contraposición a la figura del Gran Inquisidor³⁵, es Don Manuel Bueno quien es capaz de decir «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», grito evangélico que supone la máxima expresión de su drama y tragedia interior, de su dolor y de su desesperación³⁶.

De ahí que la prédica y la preocupación constante de Manuel Bueno se realizara «por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que le están encomendados» (pág. 82). El lema del sacerdote era «hay que vivir. Y hay que dar vida» (pág. 86), un «¡hay que vivir!» que enseña «a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida» (pág. 100). De esta forma, el cura conseguía que «nuestro pueblo [...] sueñe [...] vida como el lago sueña el cielo» (pág. 87). Una vida que, como Manuel Bueno revela a Lázaro, es la única vida eterna, «eterna de unos pocos años...» (pág. 91) y que ha de servir para redimir al hombre de su «único pecado», del pecado de haber nacido, «pues ya lo dijo un gran doctor de la Iglesia Católica Apostólica Española, ya lo dijo el gran doctor de *La vida es sueño*, ya dijo que “el delito mayor del hombre es haber nacido”» (pág. 92).

³⁴ Lavoie: «Dostoyevski et Unamuno», pág. 226. Véase, además, Mermall: «Unamuno and Dostoevsky's Grand Inquisitor», pág. 854 y Martínez, María Victoria: «La literatura rusa en España: lecturas de Dostoievski en *San Manuel Bueno, mártir* de Miguel de Unamuno», *Revista Coda*, año I, núm. 1 (2018), Dossier, págs. 1-15 (https://ffyh.unc.edu.ar/coda/wp-content/uploads/sites/32/2018/12/MARTINEZ_-_Dossier.pdf).

³⁵ De opinión contraria son Godoy: «Dos mártires de la fe según Dostoyevski y Unamuno», pág. 36 y Larsen, Kevin S.: «Unamuno, Nietzsche, and *San Manuel Bueno, mártir*», en Marval-McNair, Nora de (ed.): *Selected Proceedings of the Singularidad y trascendencia Conference. Held at Hofstra University, November 6, 7, 8, 1986. A Semicentennial Tribute to Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán and Federico García Lorca*. Society of Spanish and Spanish-American Studies, Boulder (Colorado), 1990, pág. 107-120.

³⁶ Y así lo entendía el pueblo que lo escuchaba, pues era como «si oyesen a Nuestro Señor Jesucristo mismo, como si la voz brotara de aquel viejo crucifijo a cuyos pies tantas generaciones de madres habían depositado sus congojas» (pág. 66). En una reseña al poco de publicarse *San Manuel Bueno, mártir* se explicaba el sentido de estas palabras de la siguiente manera: «Aquél [quejido de Cristo], que no podía ser sino supuesto abandono y cerrazón y tiniebla caída sobre sus miradas postreras de agonizante, fué la plena realización del Hijo de Dios hecho hombre, porque como el hombre, dudó y se vió solo, desenlazada su mano de la otra mano tendida desde la Eternidad». Ortega, Teófilo: «La fe. San Manuel Bueno, hijo de Miguel de Unamuno», *Revista del Ateneo (Jerez de la Frontera)*, año X, núm. 66 (octubre-diciembre de 1933), págs. 151-153, aquí pág. 153. Cfr. Weinstein, M. A.: «Dostoevsky and Unamuno: The Anti-Modern Personality», en Barber, R. B. and Gargas McGrath, M. J. (ed.): *The Artist and Political Vision*. Transaction Books, New Brunswick (U.S.A.) and Londres (U.K.), 1982, págs. 67-86. De opinión contraria es Hernández, P. H.: *El problema de la personalidad en Unamuno y en San Manuel Bueno*. Editorial Mayfe, Madrid, 1966, pág. 257 y Martín, Carlos E.: *El hombre y su itinerario a Dios en Fedor M. Dostoievski y Miguel de Unamuno*, tesis para la obtención del grado de «Master of Arts», enero de 1966, pág. 66 (http://ecommons.luc.edu/luc_theses/2167).

La traducción social de esta «iglesia terrenal»³⁷ predicada por Don Manuel Bueno la muestra Unamuno en un artículo publicado pocos meses antes de fallecer, en el que inserta *San Manuel Bueno, mártir* en una trilogía que habría empezado con *El sentimiento trágico de la vida* (1912) y continuado con *La agonía del cristianismo* (1925). Según confiesa el autor, la finalidad de estas tres obras habría sido combatir la modernidad y los intentos de politizar la religión, esto es, «proteger al pueblo, al pobre pueblo no teólogo, al de carboneros de fe implícita, de que le arrancasen su esperanza en otra vida ultraterrena», ya que cuando «a nuestro cristianismo popular e infantil, laico y pagano, así que se le mete en política y en moral deja de ser ceñida y redondamente religioso. Porque eso no es religión»³⁸. Ésta es justamente la razón por la cual el sacerdote Manuel Bueno insiste en que «la justicia humana no me concierne» (pág. 67) y sostenga que

La religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad. Yo no he venido a someter los pobres a los ricos, ni a predicar a éstos que se sometan a aquéllos. Resignación y caridad en todos y para todos. Porque también el rico tiene que resignarse a su riqueza, y a la vida, y también el pobre tiene que tener caridad para con el rico. ¿Cuestión social? Deja eso, eso no nos concierne. Que traen una nueva sociedad, en que no haya ya ni ricos ni pobres, en que estén justamente repartida la riqueza, en que todo sea de todos, ¿y qué? ¿Y no crees que del bienestar general surgirá más fuerte el tedio de la vida? Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman la revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio..., opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe. (págs. 89-90)³⁹.

Por consiguiente, la problemática que plantea *San Manuel Bueno, mártir* es tanto política como religiosa, entendiéndose por «religión» la misión de «consolar al hombre, al individuo humano, de haber nacido», ya que «o esto o el vacío»⁴⁰. Hay, pues, que

³⁷ Véase Greenfield, Summer M.: «La “iglesia” terrestre de San Manuel Bueno», *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 348 (junio de 1979), págs. 609-620.

³⁸ Unamuno, Miguel de: «San Pío X», *Ahora*, año VI, núm. 1.427 (24 de julio de 1935), pág. 5.

³⁹ En una carta a Spiros Mels del 15 de abril de 1936, Unamuno explica este párrafo de la siguiente manera: «Fue Lenin el que repetía que la religión es el opio del pueblo. Toda religión, sí, la cristiana y la marxista, que lo es. El pueblo necesita para poder vivir poder dormir –y soñar– (La vida es sueño) y para ello opio. Opio deísta u opio ateísta ¿qué más da? Pues pobres hombres que somos ¿quién nos librará de nuestra pobre humanidad?». Carta recogida en Unamuno, Miguel de: *Epistolario inédito II (1915-1936)*. Edición de Laureano Robles. Espasa Calpe, Madrid, 1991, págs. 342-343.

⁴⁰ En su reflexión sobre la fe de 1900 Unamuno, había expresado esta disyuntiva de la siguiente manera: «O es la confianza en Cristo o no es nada». Unamuno: *La fe*, pág. 228. En una carta a su amigo Jean Cassou

calafatearle y alquitranarle la mente [al pueblo] contra rompientes y remolinos de aguas profundas y tenebrosas, a que no se le metan por entre las hojas del corazón. O dejarle el otro engaño: el de la sociedad futura, que no ha de alcanzar. Y que se alimenta y ceba de resentimiento».⁴¹

Este resentimiento se muestra en los dos grandes adversarios contra los cuales se enfrenta Unamuno en esta obra a través de San Manuel Bueno: los inquisidores (esto es, los defensores de «la fe del carbonero») y los revolucionarios (socialistas y anarquistas)⁴². Así lo expresa Lázaro, el muerto progresista que el sacerdote de Valverde de Lucerna resucita y devuelve al seno del pueblo:

Porque hay [...] dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan, como inquisidores que son, a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra; y los que no creyendo más que en éste [...] esperan no sé qué sociedad futura y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro...(pág. 97)⁴³

De estos dos enemigos del pueblo, son los revolucionarios los que más teme Unamuno, como confiesa en el prefacio a la edición española de *La agonía del cristianismo*, escrito en las mismas fechas que *San Manuel Bueno, mártir*:

del 4 de julio de 1926, Unamuno escribía: «Es algo más trágico que el sueño -¡ah Calderón!-, es la conciencia del vacío». Unamuno: *Epistolario inédito II (1915-1936)*, pág. 195. Años más tarde, envió un poema a José María Quiroja (14 de julio de 1930), donde se podía leer «Buscad la confianza, pero no evidencia; / Sueño nos da la fe, muerte la ciencia». Unamuno: *Epistolario inédito II (1915-1936)*, pág. 227.

⁴¹ En un artículo redactado años atrás, escribía Unamuno que el resentido es aquel que carece del «sentimiento de responsabilidad». Esta falta de responsabilidad se podía constatar en la historia reciente de Rusia, pues sólo es necesario «mirarla al través del evangelio de Dostoyeusqui, el gran profeta de los resentidos, el Bautista de Lenin» para saber qué fuerza y qué consecuencias puede tener el resentimiento en la sociedad humana. Véase Unamuno, Miguel de: «El Estatuto o los desterrados de sus propios lares», *El Sol*, año XV, núm. 4.336 (7 de julio de 1931), pág. 1.

⁴² Para la cuestión del resentimiento en la izquierda, es de lectura obligatoria Unamuno, Miguel de: «¿Hambre...?», *El Sol*, año XVI, núm. 4.593 (30 de abril de 1932), pág. 1. Entre otras constataciones, se encuentra la siguiente: «Le tuvo el mismo Marx [el sentimiento purulento], que no pasó hambre, pero sí lo otro. Y lo otro es el pus. O, digámoslo más claro, en plata: el resentimiento; o más claro aún, en oro: la envidia [...] Y hay quien no digiere lo que debería ser su propio contento, quien no goza de la plenitud de su limitación. Y hasta se da el caso de que lo que más odia -o envidia- el que trabaja para vivir es a quien vive para trabajar, para hacer obra, no al señorito ocioso, sino al amo ambicioso».

⁴³ Es decir, Lázaro distingue entre «los teólogos de la escolástica y las consecuencias de sus doctrinas en la práctica religiosa» y «el comunismo ateo». Véase Díaz-Peterson: «Leyendo *San Manuel Bueno, mártir*: La montaña que se convierte en lago», pág. 391.

Después de escrito y publicado en francés este librito, en febrero de este año 1930, creí poder volver a mi España, y me volví a ella. Y me volví para reanudar aquí, en el seno de la patria, mis campañas civiles, o si se quiere políticas. Y mientras me he zahondado en ellas he sentido que me subían mis antiguas, o mejor dicho, mis eternas congojas religiosas, y en el ardor de mis pregones políticos me susurraba la voz aquella que dice: “Y después de esto, ¿para qué todo?, ¿para qué?”. Y para aquietar esa voz o a quien me la da, seguía perorando a los creyentes en el progreso y en la civilidad y en la justicia, y para convencerme a mí mismo de sus excelencias.⁴⁴

En vistas, pues, de esta «desesperación»⁴⁵ que dominaba no sólo a Unamuno, sino también a la España de principios de la Segunda República⁴⁶, el filósofo español reconoce el peligro que la revolución constituye tanto para el pueblo español como para la civilización cristiana occidental⁴⁷. De hecho, el pensador salmantino no ve solución alguna al grave problema de la fe en el pueblo, que describe como una tragedia española. «Porque el problema hondo aquí es el religioso. El pueblo español es un pueblo desesperado que no encuentra su fé propia. Y si no se la puedan dar los *hunos*, los marxistas, tampoco se la pueden dar los *hotros* [los falangistas]»⁴⁸. Éste es el motivo por el cual Unamuno escribió en el prólogo a esta novela breve, en la que puso, como confiesa, «lo más íntimo y más dolorido de mi alma»⁴⁹, que «tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana» (pág. 52)⁵⁰.

⁴⁴ Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo*, pág. 360-361. J. Butt, en su edición de la obra, sostiene que San Manuel Bueno, mártir «puede ser leído como un ataque a las creencias y actividades públicas de Unamuno en el periodo de 1923-30». Véase Unamuno, Miguel de: *San Manuel Bueno, mártir*. Edición de J. Butt. Grant & Cutler, Londres, 1981, pág. 31.

⁴⁵ Véase Unamuno: «Almas sencillas». «Desesperación» es precisamente el término técnico utilizado por Unamuno para designar el nihilismo de su época. Para la correcta comprensión de este término y de las preocupaciones del filósofo vasco pocos días antes de su fallecimiento, léase la entrevista que le realizó Kazantzakis: *Del monte Sinaí a la isla de Venus. Apuntes de viajes*, en Kazantzakis N.: *Obras Selectas*, Editorial Planeta, Barcelona, 1974, vol. II, págs. 1148-1151.

⁴⁶ Véase Unamuno: «¿Hambre...?».

⁴⁷ Así se ha de leer el feroz discurso anteriormente citado de San Manuel Bueno, esto es, de Unamuno contra los deseos de algunos miembros de la Iglesia Católica de intervenir en política y que se pueden considerar como una crítica *avant la lettre* contra lo que posteriormente se conocería como «teología de la liberación». Para esta cuestión, véase Zahareas, A. N.: «Unamuno's Marxian Slip: Religion as Opium of the People», *The Journal of the Midwest Modern Language Association*, núm. 17.1 (1984), págs. 16-37.

⁴⁸ Carta a Quintín de Torre del 1 de diciembre de 1936, recogida en Unamuno: *Epistolario inédito II (1915-1936)*, pág. 351.

⁴⁹ Carta a Emma H. Clouard, del 25 de marzo de 1934, recogida en Unamuno: *Epistolario inédito II (1915-1936)*, pág. 317.

⁵⁰ Véase asimismo Baah, R.: «Miguel de Unamuno and the Art of Apocoptation», *Revista Hispánica Moderna*, núm. 56 (2003), pág. 17-27.

Conclusiones

Todos los indicios recogidos hasta ahora parecen indicar que entre el poema de Dostoievski y *San Manuel Bueno, mártir* no hay en absoluto nada en común y hablar de un posible influjo parecería, si no erróneo, sí quizás demasiado precipitado. Ahora bien, una lectura más profunda y menos benévola de la narración de Unamuno podría resaltar toda una serie de consecuencias tanto teológicas como políticas que vincularían irrefutablemente a las dos obras y que dejaría en evidencia todas las interpretaciones que pretende destacar el carácter de «bueno» y de «santo» del sacerdote de Lucena de Valverde.

De esta manera, la tarea de Manuel Bueno, «con su grandeza moral», ha sido descrita como «psicológicamente el escepticismo amable, trágico e incruento del que ha perdido la fe, pero que hace esfuerzos sobrehumanos para que no la pierdan los demás, que caerían -gentes sencillas y vulgares- en el dolor, en la crueldad y en el odio»⁵¹. Ahora bien, ¿qué pasaría si realmente hubiera una vida después de la muerte, como promete el cristianismo? ¿«Bajo el pretexto de salvar a su pueblo de la carga que él soporta no estaría de hecho condenándolo de una manera menos directa que el ascético Inquisidor de Dostoievski»⁵²?

Si la respuesta a estas preguntas fuera afirmativa, el «piadoso fraude», esto es, «su divino, su santísimo juego» (pág. 101) que le atribuye la bienintencionada Ángela Carballino, la misma que le absuelve «en nombre del pueblo» (pág. 86), habría que reconocerlo de hecho como tal y afrontar la dura verdad de que «Don Manuel sería entonces un falso salvador, que condena en lugar de salvar, que peca en lugar de expiar los pecados. A pesar de o precisamente debido a su aparente sinceridad, [el sacerdote] es un Anticristo insidioso, que aleja a su pueblo de Cristo en Su Nombre»⁵³. Su desprecio por

⁵¹ Somoza Silva, Lázaro: «Impresiones de lectura. *San Manuel Bueno, mártir*», *La Libertad*, año XV, núm. 4.230 (8 de octubre de 1933), pág. 8.

⁵² Larsen: «Unamuno, Nietzsche, and *San Manuel Bueno, mártir*», pág. 110.

⁵³ Esto es, de esta manera, como afirma Carlos E. Martín, «Don Manuel se convierte en el símbolo de la descreencia». Martín: *El hombre y su itinerario a Dios en Fedor M. Dostoievski y Miguel de Unamuno*, pág. 64.

el pueblo, por muy inconsciente que pueda ser, no es menos real y menos destructivo que el del personaje de Dostoievski»⁵⁴.

Por consiguiente, aun cuando el engaño perpetrado tanto por Don Manuel como por el Gran Inquisidor sea de naturaleza diferente, ambos responden con su actitud a las consecuencias religiosas y, por ende, políticas y sociales del reconocimiento de la inexistencia de Dios⁵⁵. En este sentido, el poema «El Gran Inquisidor» y *San Manuel Bueno, mártir* son testimonio del «mayor acontecimiento» del hombre, esto es, de la «muerte de Dios»⁵⁶.

⁵⁴ *Ibid.* Rosendo Díaz-Peterson señala que, reconociendo que no cree en la vida eterna, esto es, en la resurrección de la carne, Manuel Bueno deja de ser un «líder cristiano para convertirse en el caudillo del pueblo de Dios sin derecho a introducirlo en la tierra de promisión». Díaz-Peterson: «Sobre el significado de “fingir” en San Manuel Bueno, mártir», pág. 389. Díaz-Peterson hace referencia con sus palabras al párrafo, en el que Ángela explica que «al llegar a conocer el secreto de nuestro santo, he comprendido que era como si una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo al acercarse al término de su carrera, le tomaran en hombros los suyos para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión» (pág. 68).

⁵⁵ Véase Mermall: «Unamuno and Dostoevsky's Grand Inquisitor», págs. 854-857.

⁵⁶ Véase Nietzsche, Friedrich: *Kritische Studienausgabe*. Herausgegeben von Giorgio Colli und Mazzino Montinari. Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1988, Band 11: *Nachgelassene Fragmente 1884-1885*, Fragmento póstumo de mayo – julio de 1885, 35 [74], págs. 541-542.